

‘GLORIA AL TENISCA’: EL HIMNO DE LUIS COBIELLA

LUIS ORTEGA ABRAHAM*

Los párvulos de posguerra tuvimos los himnos, composición poética para los dioses y los héroes, por dieta y castigo. Impuestos o voluntarios, entraron en la memoria sensible de mi generación que, en la particularidad de mi barrio de nacimiento y residencia —San Sebastián o La Canela— buscamos la compensación en los boleros y canciones suramericanas que aprendimos en la barbería de Panchín en los ratos libres y las esperas de los pelados radicales.

Entre los obligados, en la Escuela de Acción Católica cantamos el himno nacional — con la alambicada letra de Pemán— y el *Cara al Sol*, con música del vasco Juan Tellería y textos de José Antonio Primo de Rivera, Agustín de Foxá y José María Alfaro. Entre los voluntarios, el himno al patrón asaeteado, de los románticos Antonio Rodríguez López y Alejandro Henríquez; y claro está, el *Himno del Tenisca*, obra del maestro Luis Cobiella, donde también apliqué todo el entusiasmo que me faltaba con los primeros.

La pasión futbolera de José Manuel Ortega Gómez se transmitió a sus dos hijos varones; Manolo y yo acudimos los domingos alternos a Bajamar y el Día de Navidad, aniversario de la fundación del club de la Acera Ancha, al almuerzo de confraternidad, celebrado habitualmente en el antiguo y coqueto Parador de Turismo. Ordenando recuerdos familiares y el notable archivo documental que nos dejó mi hermano, fallecido hace un año, encontré numeroso material de la repetida efeméride y fotos con pantalón corto y el primer terno, salido del taller de Francisco Duque, sastre y celebrado entrenador del club de nuestros amores.

Atiendo el encargo pero con una dolorosa carga de nostalgia, repaso las fotos, con fechas y nombres anotados en el dorso y evoco una frase paradójicamente optimista de Luis Cobiella Cuevas (1925-2013) en un atardecer de verano en su casa de El Llanito: «tengo más amigos muertos que vivos y eso, en principio, acojona pero, bien mirado, quizás sea una ayuda para cuando nos llegue la hora». El recuerdo —dijimos en el poema sinfónico *Sanborondón*— es una suerte de eternidad para quien aliente cualquier tipo de fe.

* Escritor y periodista.

Entre la amplia producción musical de mi recordado maestro —nunca tuvo alumno más heterodoxo— aparecen dos himnos, composiciones para celebrar victorias, expresar júbilos o entusiasmos y, ambos, en lugares y tiempos distintos, me tocó cantarlos. «Gloria sin par para nuestro instituto / los estudiantes claman sin cesar / hacia la paz caminamos con ansia / hacia el saber que es riqueza ideal...». Estrenado en el soberbio caserón de la calle Real, dirigido por el recordado Elías Santos Pinto, lo cantamos también en la plaza de Santo Domingo —en el actual Instituto Alonso Pérez Díaz— en una fiesta de santo Tomás de Aquino, después de la representación de *El chico de los Winslow*, de Terence Rattigan. Y el tenisquista en años de infancia y juventud e incluso durante las vacaciones pascuales: «Gloria al Tenisca, / lema de inquietud, / vamos por la senda / de nuestra juventud...».

Cobiella Cuevas fue un poeta profundo e inspirado, impecable en las formas y, además y sin duda alguna, el gran músico del siglo xx en Canarias, con una producción amplia y notable, exigente con su trabajo y el ajeno —doy fe de ello— que, en sus últimos años, asumió con naturalidad y orgullo sus variadas producciones juveniles, las contextualizó y defendió con el lema «la poesía es de quien la necesita», que ilumina el film *El cartero y Pablo Neruda*, con Massimo Troisi.

En el horizonte cerrado y duro del franquismo, el fútbol fue el refugio de las pasiones, vetadas y perseguidas en la política y la sociedad; para la capital y la isla, el Tenisca y el Mensajero representaron a escala reducida lo que el Real Madrid y el Barcelona en el estado. En el estrecho marco de libertad consentida, el entusiasmo, el arrebató, la alegría o la tristeza de los domingos futboleros era una cierta compensación a las innumerables carencias y proscripciones, aquí y en la Villa y Corte.

El mayor de los Cobiella no se recató en darle solemnidad a los sentimientos —«mi orgullo es tu razón»— y en el uso y gasto del elogio y del superlativo —«Gloria al Tenisca, equipo sin par»— porque era lo que los fervientes seguidores de una entidad que, contra viento y marea, ahora cumple el siglo, necesitaban y merecían.

En este diciembre de 2022 por muchas razones triste, escucho en las redes sociales una versión vibrante, con coro mixto y derroche de instrumentos de viento —los himnos así lo exigen— que mi tocayo no conoció y seguramente habría aplaudido por la pasional actuación del coro mixto y el acompañamiento instrumental, a medias entre banda y fanfarria.

En su exilio mirquero, donde cuenta con estadio y esplendidas instalaciones, la Sociedad Deportiva Tenisca está en la historia por muchas y poderosas razones, desde su heroica supervivencia a los títulos cosechados en el ámbito regional. Añade también otro timbre de gloria a su escudo: la creación que un artista singular dedicó al equipo sin par de sus amores: *Himno del Tenisca* (op. 39). Piano y coro unísono. Estreno el 25 de diciembre de 1950.